

LIBRO DIEZ Y NUEVE.

Primeras insurrecciones en Bretaña y en el Vivares. — Exaltación de los patriotas. — Chabot. — Grangeneuve. — Tentativa de reconciliación de los partidos en la Asamblea. — Lamourette. — La suspensión de Petion envenena los resentimientos. — Terror de la reina á la aproximación del día de la federación. — Temores de la familia real. — El armario de hierro. — El rey y la familia real en el Campo de Marte. — Asesinatos. — Dupremesnil. — Situación de la guardia nacional. — Barbaroux y Rebecqui, gefes de los marseleses. — Madama Roland, alma del 10 de agosto. — Petion, cómplice en todos estos sucesos. — Barbaroux. — Danton y Santerre se ponen á la cabeza del movimiento. — Conciliábulos secretos de Charenton. — Comida de los Campos Eliseos. — Riña entre los marseleses y los realistas. — Tentativas de los amigos de Robespierre para darle la dictadura.

I.

Todo indicaba, como se ha visto en el discurso de Robespierre y en las palabras de Danton, una cita para el Campo de Marte el 14 de julio, con el objeto de acabar con el trono en medio de una horrorosa tempestad, haciendo surgir la república ó la dictadura de una reunión de federados, por aclamación universal. «Somos un millón de facciosos,» decia el girondino Carra en su periódico.

La nación entera estaba alarmada por su existencia; sin defensores en las fronteras, sin gobierno en el interior,

sin confianza en sus generales, viendo á los partidos desgarrarse en la Asamblea, y creyéndose engañada por la corte, se hallaba en aquel estado de emoción y de angustia que entrega un pueblo al azar de todos los acontecimientos. La Bretaña comenzaba á insurreccionarse á la voz de la religión, bajo la bandera del rey: esta insurrección era popular y buscaba sus gefes en los nobles: la guerra de la Vendée, destinada á ser bien pronto tan terrible, fué desde los primeros dias una guerra de conciencia en el pueblo y de opinión en los gefes, la emigración se armaba por el rey y por la aristocracia; la Vendée por Dios.

Un simple labrador llamado Alano Redeler al salir de misa el 8 de julio de la parroquia de Fonestau, indicó á los paisanos una reunión armada para el otro día, cerca de la pequeña ermita de las landas de Herbader: á la hora determinada se encontraron reunidos quinientos hombres. Esta reunión bien diferente de las tumultuosas de Paris, atestiguaba por su actitud el recogimiento de sus ideas. Los signos religiosos iban mezclados con las armas, y el rezo consagraba la insurrección. El toque de rebato se oía en todas las parroquias y la población del campo entero respondía al llamamiento de la campana, como si fuese la voz de Dios. Ningun desorden manchó este levantamiento, el pueblo se contentó con libertarse, y no pedía mas que la libertad de sus altares. Los guardias nacionales, las tropas de línea y la artillería marcharon de todos los puntos del departamento; el choque fué sangriento y la victoria disputada. Sin embargo la insurrección fermentó sordamente en Bretaña, para estallar mas tarde. Este fué el primer chispazo de la gran guerra civil.

II.

Al mismo tiempo estalló la sublevación pero menos obstinada en otro punto del reino. Un hidalgo llamado Dusaillant, y un sacerdote nombrado cura de La Bastida, reunieron á nombre del conde de Artois tres mil paisanos en el Vivarés.

Este país cruzado de montañas, surcado de estrechos desfiladeros y de barrancos con grandes bosques de pinos, es una ciudadela construida por la naturaleza entre las llanuras del Bajo Languedot y los hermosos valles del Rodano y del Saona: Lion es su capital. El espíritu católico y clerical de esta ciudad romana reinaba en estas montañas. Los numerosos castillos que dominan sus valles pertenecian á una nobleza muy unida por la sangre, y por las costumbres á la clase media y se confundian por sus ocupaciones rurales y por la religión con la población de los campos. Los hidalgos no eran si no los primeros entre los paisanos. Unidos por interés con el clero, agitaban el país sirviéndose del paisanage. Dusaillant se apoderó del castillo gótico y almenado de Jalés, lo fortificó, estableció en él el cuartel general de la insurrección é hizo prestar á su tropa un juramento de fidelidad á solo el rey y á la antigua religión. Los jóvenes hidalgos de la comarca llevaron sucesivamente á este jefe los paisanos que pudieron reunir, y los predicadores los inflamaron en nombre de la fé. Jóvenes vestidas de amazonas y á caballo recorrían las filas distribuyendo los signos de insurrección, que eran corazones de Jesús en el pecho y una cruz de oro en el sombrero, despertando á nombre del amor el heroísmo de la antigua caballería, toda la raza piadosa, entusiasta é intrépida de los Cevennes se levantó á su voz. La insurrección, que parecia aislada en este país inaccesible, tenia inteligencias con Lion

y prometió á esta ciudad refuerzos y comunicaciones con el Mediodia, para el momento en que intentase la contrarrevolucion. Atravesando el Rodano al pie del monte Pilate el ejército de Jalés, se ponía en contacto con el Piamonte por los Bajos Alpes y estendiéndose en el Bajo Longuedoc, tocaba á los Pirineos y á España; Dusaillant habia situado admirablemente el foco de la guerra civil; el corazón del país y el curso del Rodano que es la llave de la Francia Meridional eran suyos si hubiese triunfado.

III.

La Asamblea lo comprendió así, los patriotas se inquietaron en Lion, en Nimes, en Valance, y en todas las poblaciones del Mediodia: un ejército de guardias nacionales marchó con artillería, el castillo de Bannes, los desfiladeros que cubrian el campo, fueron valientemente defendidos, y heroicamente tomados. Empeñóse un desesperado combate en el castillo de Jalés, plaza fuerte de la sublevación: hidalgos, paisanos y sacerdotes sostuvieron con intrepidez los repetidos asaltos de las tropas; hasta las mugeres distribuyeron las municiones, cargaron las armas y socorrieron á los heridos. Por la noche los insurgentes abandonaron el castillo acribillado de balas de cañon, cuando ya los muros se caian sobre sus defensores, dispersándose estos en las gargantas del Ardeche, dejando numerosos cadáveres, algunos de ellos de mugeres. El jefe del movimiento, Dusaillant, que habia dejado su caballo y sus armas disfrazándose de sacerdote, fué reconocido y preso por un veterano; ofreció sesenta luises por su rescate al soldado, que los rehusó, y Dusaillant pereció asesinado por el pueblo al entrar en la ciudad, á donde las tropas lo conducian para que fuese juz-

gado: el cura de La Bastida tuvo la misma suerte. ¡El furor ya no juzgaba, heria de muerte!

IV.

Estas noticias conmovieron á París y exaltaron hasta el delirio del patriotismo amenazado. Las nuevas ideas aspiraban á tener sus mártires, así como las antiguas tenían sus víctimas. Los que estaban impacientes porque reinase la libertad, se estremecían al ver la lentitud de la crisis y deseaban un acontecimiento cualquiera, que llevando al pueblo al último extremo, hiciese toda reconciliación imposible entre la nación y el rey. No viendo surgir esta ocasión por sí misma, pensaron en hacerla surgir artificialmente. Era preciso un pretexto para la insurrección y quisieron dárselo, aunque fuese á costa de sus vidas.

Había entonces en París dos hombres de una fé intrépida y de una adhesión fanática por su partido, que eran Chabot y Grangeneuve, este era girondino, hombre de poca disposición, pero inflexible, aspirando solo á servir á la humanidad como soldado oscuro, conociendo bien que la medianía de su talento no le deba mas medio de ser útil que el de morir por ella. ¡Caractéres desprendidos que dan su sangre por su causa, sin pedir siquiera que se acuerden de sus nombres!

Chabot era hijo de un cocinero del colegio Roder, educado por la caridad de sus amos y exaltado en sus primeros años por una ascética piedad, había tomado el hábito de capuchino. Se había distinguido mucho tiempo por una pobreza mas humilde y por una indecencia mas repugnante aun que la de esta orden mendicante, verdaderos Diógenes del cristianismo; de ingenio lijero y vasto, las primeras ideas revolucionarias le habían herido en la celda de su

convento; la fiebre por la libertad y por la transformación social había penetrado su alma y se había desprendido de su fé y de su hábito. Por su apostasia, por su resentimiento contra las creencias de su juventud, por su fogosidad y desorden en sus predicaciones populares, se señaló entre la multitud y lo llevaron á la Asamblea legislativa; oculto detrás de Robespierre y de Petion, veía mas allá de la Constitución del 91 la ruina del trono á que aspiró abiertamente, siendo uno de esos hombres que desdeñan los rodeos, descubriéndose delante del enemigo y que creen que el rencor activo y declarado es la mejor política contra las instituciones que se quieren destruir. Chabot y Grangeneuve pertenecían á los conciliábulos de Charenton.

V.

Una noche salieron juntos de una de sus conferencias afligidos y desanimados de las dudas y de las contemplaciones de los conspiradores; Grangeneuve andaba con la cabeza baja y silencioso «¿En que piensas? le preguntó Chabot.—Pienso, respondió el girondino, en que estas lentitudes enervan á la revolución y á la patria; pienso que si el pueblo da tiempo al trono, el pueblo se pierde; pienso que las revoluciones no tienen sino una hora y los que la dejan pasar no la encontrarán ya, de lo cual deben dar cuenta despues á Dios y á la posteridad. ¡Oye Chabot! El pueblo no se levantará por sí mismo; necesita un móvil, le hace falta un acceso de rabia y de espanto que le haga adquirir la energía que es precisa en el último momento, para sacudir sus antiguas instituciones. ¿Cómo se le ha de dar? Yo he pensado mucho en esto y por fin, lo he encontrado en mi corazón; ¿pero encontraré yo igualmente un hombre capaz de la resolu-

cion y del secreto necesario para semejante acto.—Habla, dijo Chabot, yo soy capaz de todo por destruir lo que aborrezco.—Pues bien, repuso Grangeneuve, la sangre embriaga al pueblo: hallarás sangre pura en la cuna de todas las revoluciones, desde Lucrecia hasta Guillermo Tell y Sidney. Para los hombres de Estado, las revoluciones son una teoría, para los pueblos una venganza; pero para impulsar á la multitud á la venganza es necesario mostrarle una víctima: puesto que la corte nos rehusa esta satisfaccion es menester que se la demos nosotros mismos á nuestra causa, es menester que aparezca que una víctima cae bajo los golpes de los aristócratas; es necesario que el hombre que se impute á la corte haber inmolado, sea uno de sus enemigos más conocidos y miembro de la Asamblea, porque el atentado contra la representacion nacional se añada en este acto al asesinato de un ciudadano: es necesario que este asesinato se cometa á las puertas de palacio, para que clame venganza mas de cerca; pero ¿quién será este ciudadano? Yo mismo. Mi voz es nula, mi valor inútil á la libertad, pero mi muerte le aprovechará, y mi cadáver será el estandarte de la insurreccion y de la victoria del pueblo.»

Chabot escuchaba á Grangeneuve con admiracion: «¿Es el genio del patriotismo el que te inspira? le dijo, si son precisas dos victimas, yo me ofrezco á ser la segunda.—Tú serás mas, replicó Grangeneuve, serás, no el asesino, porque yo mismo pido mi muerte, pero sí el homicida: esta noche me pasearé solo y sin armas por el parage mas solitario y mas oscuro, cerca de los postigos del Louvre: coloca tú, allí cerca, dos patriotas de confianza armados con puñales, y convendremos en una señal que yo daré, para señalarme como blanco á sus golpes; dada la señal ellos me herirán y yo recibiré la muerte sin dar un grito; fugándose ellos en seguida, por la mañana se encontrará mi cadáver, vosotros acusareis á la corte, y la venganza del pueblo hará lo demás!...»

Chabot, tan fanático y tan decidido como Grangeneuve á calumniar al rey por la muerte de un patriota, juró á su amigo llevar á cabo esta odiosa supercheria del rencor: se fijó el punto del asesinato, y se convino en la hora y en la señal que debía darse; Grangeneuve fué á su casa, hizo testamento, se preparó para recibir la muerte, y fué á media noche al parage convenido. Dos horas estuvo esperando hasta que vio adelantarse hácia él varios hombres reunidos, á quienes tomó por los asesinos que creta estaban preparados; hizo la señal esperando el golpe, pero nadie le hirió: Chabot no se había atrevido á cumplir lo prometido falto de resolución ó de armas. La víctima no faltó al sacrificio, pero no acudió el sacrificador, que debió inmolarla en las aras de la patria.

VI.

En medio de estos prodigios de rencor un hombre intentó el milagro de la reconciliacion de los partidos, que fué Lamourette, antiguo vicario del obispo de Arras y entonces obispo constitucional de Lion. Aunque era sinceramente revolucionario, la revolucion había dejado sin embargo en su alma algun residuo de la caridad del cristianismo: la Asamblea lo veneraba por una virtud tan rara en la lucha de ideas como la moderacion, y recogió en un dia el fruto de la estimacion que se le tenia. Brissot iba á subir á la tribuna para proponer nuevas medidas de seguridad nacional: Lamourette se adelantó pidiendo al presidente la palabra para una cuestion de orden, la obtuvo. «De todas las medidas, dijo, que se os propongan para detener las divisiones que nos devoran, una hay que se olvida capaz por sí sola de restablecer el orden en el imperio y la seguridad en la nacion; esta es la union de todos sus hijos en un mismo pensamien-

to: es la reconciliacion de todos los miembros de esta Asamblea, ejemplo irresistible que reconciliará á todos los ciudadanos. ¿Y quién se podrá oponer á esto? Nada hay irreconciliable sino el crimen y la virtud; los hombres honrados tienen un terreno común de patriotismo y de honor en donde siempre se pueden encontrar; ¿qué es lo que nos separa? Las preveniciones y las sospechas de unos contra otros. Sofoquémoslas en un abrazo patriótico y en un juramento unánime: anatematizémoslas en la república y en las dos cámaras....»

A estas palabras la Asamblea entera se levanta, el juramento se pronuncia por todos, los gritos de entusiasmo resuenan en la sala, y van á noticiar fuera que la palabra de un hombre honrado ha estinguido las divisiones, confundido á los partidos y reconciliado á los hombres. No existen ya la izquierda ni la derecha. Ramond, Vergniaud, Chabot, Vaublanc, Gensonné, Basire, Condorcet, Pastoret, jacobinos y girondinos, constitucionales y republicanos, todo se mezcla, todo se confunde, todo se deshace en una fraternal union; se envia un mensaje al rey para que goce de la concordia de su pueblo, el cual se apresuró á ir á la Asamblea; las exclamaciones del entusiasmo le rodean y su alma concibe mejores esperanzas. La emocion arranca á su timidez natural algunas palabras sentimentales que redoblan los trasportes de la comun alegría. «No somos mas que uno, esclamó enternecido, y nuestra union salvará á la Francia.» A su salida fué acompañado hasta palacio por las bendiciones de la multitud. Habia creido reconquistar el corazon de los franceses, y apenas entró en palacio abrazó á la reina, á su hermana, á sus hijos, y hubiera querido poder hacer lo mismo con todo su pueblo. En señal de confianza hizo abrir el jardin de las Tullerías, que estaba cerrado desde los atentados del 20 de junio, precipitándose en él la muchedumbre, que fué á aturdir con sus gritos de amor á las mismas ventanas que la víspera llenaba

de insultos; la familia real creyó tener algunos dias buenos; pero ¡ah! el primero que gozaba despues de tantos años no duró siquiera hasta la noche.

Presentado en la sesion de la noche el decreto del directorio del departamento, que suspendia á Petion en sus funciones, hizo revivir las disensiones mal apagadas. Un sentimiento, por dulce que sea, no permanece mucho tiempo en el mismo estado; el rencor se habia apagado un momento, pero como estaba mas en las cosas que en los corazones, estalló de nuevo con mas fuerza.

El pueblo acompañó con gritos de muerte al directorio del departamento, que la Asamblea habia llamado á su seno: «¡Volvednos á Petion! gritaba el pueblo. ¡La Rochefoucauld á Orleans!» Estas terribles vociferaciones llegaron hasta el corazon del rey, borrando en él la alegría pasajera que habia experimentado. La sesion de los jacobinos fué mas turbulenta que la del dia anterior. «En la Asamblea se abrazan, dijo Billaud-Varenes, este es el beso de Judas, este es el beso de Carlos IX ofreciendo la mano á Coligni. Asi se abrazaban en el momento en que el rey preparaba su fuga el 6 de octubre; asi se abrazaban antes de los asesinatos del Campo de Marte; se abrazan ¿pero concluyen las conspiraciones de la corte? ¿nuestros enemigos avanzan por esto menos en las fronteras? ¿y La Fayette es por eso menos traidor?...»

VII.

Con tales auspicios se acercaba el dia de la federacion; la reina lo esperaba con terror, y todo revelaba proyectos siniestros para este aniversario, porque la Francia revolucionaria, enviando á los federados de Brest y de Marsella, habia llevado á Paris á sus hombres mas temerarios. La familia real vivia en laagonia de un asesi-

nato, y toda su esperanza se fundaba en las tropas extranjeras que la habían prometido enviar en el término de un mes, y en el palacio se contaban los instantes aguardando con ansiedad la llegada del duque de Brunswick á París. La reina había señalado en el calendario el día de su libertad, y no se trataba sino de vivir hasta entonces; no obstante, la reina temía á la vez ver sacrificado á su marido por el veneno, el puñal ó las balas de los asesinos.

Espiados hasta en el interior de las mas secretas de sus habitaciones por centinelas de la guardia nacional que vigilaban todas las puertas, mas como carceleros que como defensores, la familia real gustaba solo en apariencia los alimentos que la servian á la mesa, haciéndose traer su comida misteriosamente por manos seguras y fieles.

La reina hizo vestir al rey un peto compuesto de quince telas de seda fuerte á prueba del puñal y de las balas. El rey se prestó por complacer á la ternura de su esposa á estas precauciones contra el destino; las revoluciones no asesinan, pero inmolan; el desgraciado príncipe lo sabia. «No me herirán por la mano de un malvado, decía en voz baja á la comitiva de la reina que le probaba el chaleco acolchado, su plan ha cambiado; me matarán á la luz del día y como rey.» Había adquirido estos presentimientos con la lectura de otras catástrofes reales que le precedían la suya. Tenia en el testero de su gabinete el retrato de Carlos I pintado por Van-Dick, y la historia de este príncipe siempre abierta sobre su mesa, estudiándola para interrogarla, como si sus páginas encerrasen el misterio de un destino que queria conocer para engañarlo; pero no se lisonjeara ya á si mismo, conoció su porvenir, y salvar á la reina, á sus hijos y á su hermana, era el término de sus esperanzas y el móvil de todos sus esfuerzos; en cuanto á él, el sacrificio estaba hecho, todos los días lo renovaba en sus actos religiosos,

que le elevaban y le infundian resignacion. «No soy afortunado, respondió á uno de sus confidentes que le aconsejaba que jugase heroicamente su suerte con la fortuna, sin duda aun puedo intentar medidas audaces, pero tienen resultados funestos que yo podria esponerme á arrostrar por mi mismo, pero no puedo esponer á ellos mi familia; la fortuna me ha enseñado á no fiarme mucho de ella, no quiero huir por segunda vez porque lo pasé muy mal la primera; prefiero la muerte, que no tiene nada que me asuste, y me ensayo á sufrirla todos los días: se contentarán con mi vida y dejarán la de mi muger y mis hijos.»

VIII.

La reina tenia las mismas ideas. Una melancolía abatida, interrumpida solamente por algunos destellos de varonil firmeza, había reemplazado en su rostro y en sus palabras á la serenidad de sus días felices. Principió á entrever que formarían causa al rey, y dijo con este motivo á su amiga la princesa de Lamballe: «En cuanto á mí como soy estrangera.... me asesinarán. ¿Qué será de nuestros pobres hijos?» Con frecuencia sus camaristas la sorprendian llorando; una de ellas que la presentó una bebida calmante en un acceso de dolor: «Dejadla sobre esa mesa, la dijo, estos medicamentos son inútiles para las enfermedades del alma; la languidez y el espasmo son las enfermedades de las mugeres dichosas. Desde mis desgracias no siento nada; sin embargo, lo único que siento es mi destino; no digais nada de esto al rey.»

Sin embargo, algunas veces la esperanza prevalecía sobre el abatimiento de esta alma; la energía de la juventud y del carácter se sobreponía á sus presentimientos: obligada por temor de las reuniones de los barrios y de las sorpresas nocturnas, á dejar sus habitaciones del entresuelo, María Antonieta había hecho poner su cama en un cuarto del primer piso entre el del rey y el de sus hijos; se despertaba mucho tiempo antes del día, y había prohibido que se cerrasen las persianas y las cortinas de las ventanas, á fin de gozar de los primeros albos del cielo que venían á abreviar lo largo de sus noches de insomnio.

Una de estas noches de julio en que la luna alumbraba su habitación, contempló por mucho tiempo el cielo con un recogimiento interior de alegría. «¿Veis esa luna? dijo á la persona que velaba al pie de su cama, cuando dentro de un mes venga otra vez á alumbrar este cuarto, me encontrará libre y dichosa y nuestras cadenas se habrán roto.» Entonces la dió cuenta de sus esperanzas, de sus temores, de sus angustias, del itinerario de los príncipes y del rey de Prusia, de su próxima entrada en París, de sus inquietudes por la explosión de la capital, de la aproximación de los ejércitos extranjeros y de su tristeza por la falta de energía del rey en las crisis. «El no es cobarde, dijo, al contrario, es impasible ante el peligro, pero su valor está en el corazón y no sale de allí comprimido por su timidez. Su abuelo Luis XV ha alargado su infancia hasta los veinte y un años, y se resentirá de esto su vida; no se atreve á nada, sus propias palabras le asustan. Una palabra enérgica salida de su boca en estos momentos y dirigida á la guardia nacional, arrastraría á todo París en su defensa, pero él no la dirá:

yo ya me atrevería á obrar y montar á caballo si fuese preciso, pero sería dar armas contra él, y se gritaría ¡muera la austriaca! Una reina que no es regente, en mi situación, debe callar y prepararse á morir.»

X.

Madama Isabel recibía las confidencias de los dos esposos y las caricias de sus hijos; su fé mas sumisa que la de la reina, y mas tierna que la del rey, hacia de su vida un continuo holocausto, no hallando, así como su hermano, ningun consuelo sino al pie de los altares. Allí ofrecía todas las mañanas su resignación: la capilla de palacio era el fuerte en donde la familia real se refugiaba contra tantos padecimientos, pero aun allí les perseguía el rencor de sus enemigos. Uno de los primeros domingos de julio, algunos soldados de la guardia nacional que ocupaban la galería por donde el rey pasaba para ir á oír misa, gritaron: ¡Basta de rey, abajo el veto! El rey acostumbrado á estos insultos oyó aquellos gritos y vió aquellos insolentes ademanes sin estrañarlo, pero apenas la familia real estaba arrodillada en su tribuna, cuando los músicos de la capilla empezaron á tocar las canciones nacionales de la Marsellesa y del za ira. Los mismos cantores escogiendo en los salmos los versículos amenazantes que la cólera de Dios dirige al orgullo de los reyes, los cantaban con afectación, repitiéndolos muchas veces, como si la amenaza y el terror saliesen del santuario mismo en donde la familia ultrajada venia á buscar el consuelo y la fortaleza.

El rey fué mas sensible á este ultrage que á los otros. «Me parece, dijo al salir, que hasta Dios se vuelve contra mí.» Las princesas se pusieron los libros delante de los ojos para ocultar sus lágrimas.

La reina y sus hijos no podían respirar el aire libre: cada vez que abrían las ventanas oían gritar en el terrapén de los Faldenses: *Queremos la cabeza de María Antonieta*. Los buhoneros esponían estampas infames en las que se representaba á la reina como una Mesalina, y al rey como un Vitelio. Las risotadas del populacho respondían á los apóstrofes obscenos que estos hombres dirigian acompañados de indecentes gestos á las ventanas del palacio. El interior mismo de los aposentos no estaba seguro de insultos y de peligros: una noche un ayuda de cámara que velaba en un corredor á la puerta de la reina, luchó con un asesino que se deslizaba por la sombra. María Antonieta se arrojó del lecho al ruido. «¿Qué situación, esclamó, ultrajada de día y espuesta á ser asesinada de noche!»

XI.

A cada instante se esperaban nuevos asaltos de los barrios. Una noche en que se temía una irrupcion, el rey y madama Isabel, despiertos y en pie, habian prohibido que se despertase á la reina. «Dejadla descansar algunas horas, dijo el rey á madama Campan, bastantes penas tiene para que se las aumentemos.» Cuando se despertó la reina, se quejó amargamente de que la hubieran dejado dormir durante la alarma del palacio. «¿Mi hermana Isabel estaba con el rey y yo dormía! esclamó, yo soy su muger y no quiero que corra ningun peligro sin que yo participe de él!»

En estos dias de turbacion fué cuando el rey recogió y ocultó los papeles, descubiertos despues en el *armario de hierro*. Sabido es que este príncipe, mas hombre que rey, se distraía de los cuidados del trono con el trabajo de mano en el oficio de cerrajero: para perfeccionarse

en el habia admitido hacia diez años en su taller á un cerrajero llamado Gamain; el rey y el artesano eran amigos, como hombres que pasaban muchas horas juntos y se comunicaban mutuamente muchos de sus pensamientos: Luis XVI confiaba en la fidelidad de su compañero de trabajo, y por esto le encargó que hiciese en el espesor de la pared de un corredor oscuro que habia en su aposento, un hueco cubierto con una puerta de hierro oculta artisticamente con madera; allí guardó el rey papeles políticos importantes, y las correspondencias secretas que habia tenido con Mirabeau, Barnave y los girondinos, creyendo el corazon de Gamain tan seguro y tan mudo como la pared á que habia entregado sus secretos. Gamain era un traidor y denunció no solo á su rey sino á su compañero y amigo.

XII.

El dia de la federacion, Luis XVI fué con la reina y sus hijos al Campo de Marte, escoltado por tropas de fidelidad dudosa. Un pueblo inmenso rodeaba el altar de la patria; los gritos de *viva Pétion!* insultaron al rey á su paso; la reina temblaba por los dias de su esposo. El rey se dirigió colocado á la izquierda del presidente de la Asamblea, hácia el altar á través de la muchedumbre; la reina inquieta le seguia con la vista, creyendo á cada instante verlo inmolar por los millares de bayonetas y picas por entre las cuales pasaba: estos momentos fueron para ella unos siglos de angustias. Al pie del altar de la patria, un movimiento confuso producido por el flujo y reflujo de la multitud, hizo desaparecer al rey por un instante; la reina creyó que lo habian herido y dió un grito de horror; el rey apareció y prestó el juramento cívico. Los diputados que le rodeaban le invitaron á dar

fuego por su propia mano á un trofeo espiatorio que reunia todos los atributos del feudalismo, para reducirlos á cenizas: la dignidad del rey rechazó el acto que querian imponerle, y se negó á hacerlo diciendo que la feudalidad estaba destruida en Francia por la Constitucion mejor que por el fuego. Los diputados Gensonné, Juan Debry, Garreau y Antonelle, encendieron por si mismos la hoguera, y fueron aplaudidos por el pueblo: el rey se reunió á la reina, y volvió á palacio atravesando por medio de un pueblo taciturno. Vencidos los peligros de este dia, Luis XVI entrevia otros mas terribles ¡No habian ganado sino un dia mas!

XIII.

Al otro dia uno de los mas grandes agitadores del 89 y el primer provocador de los Estados generales llamado Duval d'Eprenesnil, que se habia hecho odioso á la nacion porque no habia querido de la revolucion sino la convocatoria de los parlamentos, y que en cuanto estos se habian visto atacados, se pasó al partido de la corte, se encontró en el terraplen de los Fuldenses con unos grupos del pueblo que le insultaron y le designaron al furor de los marseleses, que le acuchillaron á su sabor arrastrándole por los cabellos hasta el arroyo de la calle de San Honorato, hácia un albañal á donde iban á tirarlo: algunos guardias nacionales lo arrancaron moribundo de manos de sus asesinos, y lo llevaron al cuerpo de guardia del Palacio Real. La multitud, sedienta de sangre asediaba las puertas del cuerpo de guardia, hasta que advertido Petion acudió, se abrió paso entre la chusma, y en cuanto entró en el puesto, estuvo contemplando á Eprenesnil largo tiempo en silencio y con los brazos cruzados sobre el pecho, desmayándose al poco

rato horrorizado á la vista de este siniestro cambio de la opinion. Cuando el corregidor de Paris volvió en si, el desgraciado Eprenesnil se incorporó con mucho trabajo de la camilla donde le habian llevado. «Yo tambien, señor, dijo á Petion, he sido el idolo del pueblo y ya veis lo que ha hecho conmigo: puede que os reserve igual suerte.» Petion no respondió nada, las lágrimas corrían de sus ojos, y desde este dia tuvo el presentimiento de la inconstancia y de la ingratitud del pueblo.

Otros asesinatos frecuentes cometidos por la multitud revelaban una fiebre sorda cuyos accesos no tardaron en estallar en actos mas trágicos y mas generales. Un sacerdote que habia prestado y despues retractado el juramento constitucional, fué ahoreado de un reverbero en la plaza de Luis XV. Un guardia de corps que atravesaba el jardin de las Tullerias, y que miraba con estreñecimiento el palacio de sus antiguos señores, convertido en carcel, fué descubierto por las lágrimas que derramaba, y cogido por una porcion de mugeres y de muchachos de quince á diez y seis años, arrastrado por el suelo y ahogado con excesiva barbarie en el estanque del jardin debajo de las ventanas del rey.

La guardia nacional reprimia débilmente estos atentados viendo que su fuerza moral se perdia con la aproximacion de los marseleses: puesta entre los excesos del pueblo y las traiciones achacadas á la corte, enconándose contra los unos temia que se sospechase que protegía á los otros: su situacion era tan falsa como la del rey colocado asimismo entre la nacion y los estrangeros. La corte conocia su aislamiento y reclutaba secretamente defensores para la crisis que divisaba sin mucho miedo. Los suizos, tropa mercenaria, pero fiel, la guardia constitucional recientemente licenciada, pero cuyos oficiales y sargentos recibian sus pagas secretamente, permanecian en Paris para reunirse cuando fuese necesario: quinientos ó seiscientos hidalgos llamados de las provincias

por su adhesión caballerescas á la monarquía y repartidos en diferentes posadas y casas de huéspedes del cuartel de las Tullerías, provistos de armas que ocultaban entre su ropa, y teniendo cada uno una seña y una tarjeta que les facilitaba la entrada en el palacio los días de reunión: compañías de hombres del pueblo y de antiguos militares que recibían sueldo de la lista civil, y mandados por Mr. de Augremont en número de quinientos ó seiscientos hombres; además la inmensa servidumbre de palacio; los batallones de la guardia nacional de los cuarteles afectos al rey, tales como el de la Cuesta de los Molinos, y el de los Hijos de Santo Tomas; un cuerpo de gendarmería á caballo, compuesto de soldados escogidos en los regimientos de caballería; y en fin, una porción de tropas acantonadas en las cercanías de París: todas estas fuerzas reunidas constitucionalmente alrededor de las Tullerías en un día de combate, prestaban á la corte un apoyo sólido y la esperanza de una victoria de que el rey podía sacar partido para la restauración de su autoridad.

Estas fuerzas, eran efectivas y mas que suficientes si hubiesen sido bien dirigidas contra las numerosas, pero desordenadas de los barrios: el rey confiaba y los cortesanos tenían seguridad, y bien lejos de temer una nueva insurrección la deseaban en los conciliábulos de las Tullerías. La certeza de destruir y derribar á los hombres del 20 de junio tranquilizaba todos los ánimos. El trono había llegado á tal punto de decadencia que no podía alzarse si no por una victoria. Esperaba la batalla y se creía preparado á ella.

XIV.

Por su parte, los girondinos y los jacobinos, consternados por la reacción en la opinión que las jornadas in-

completas del 20 de junio habían producido en París y en las provincias, se preparaban al último asalto. Aunque no tuvieron un acuerdo previo sobre la naturaleza del gobierno que darían á la Francia después del triunfo del pueblo, tenían necesidad de triunfar, y conspiraron juntos para destronar su enemigo común: la llegada de los marseleses á París, debía ser para los dos partidos la señal y el medio de acción. Estos hombres enérgicos, feroces, sofocados por la larga marcha que acababan de hacer en medio de los calores del estío, y enardecidos en el camino por el incendio de las opiniones, que devoraban las poblaciones y los campos, traían las llamas á París; mas aguerridos para las empresas desesperadas que el pueblo fogoso, pero poltron de la capital, los marseleses debían ser el centro de la gran insurrección. Era una banda de quinientos hombres, acceso viviente del furor demagógico que reflujía de las estremidades del imperio para venir á dar fuerza al corazón. Se habían aproximado, conducidos por gefes subalternos; los dos gefes habían llegado antes á París; eran estos los dos jóvenes marseleses, Barbaroux y Rebecqui.

Este, había sido uno de los primeros agitadores de su país en 89, cuando en la elección de Mirabeau para la Asamblea constituyente se alborotaron Aix y Marsella: habiéndosele formado causa por su participación en esta insurrección, había sido defendido por su elocuente cómplice ante la Asamblea; hecho gefe de los jacobinos de Marsella se puso á la cabeza de los batallones de la guardia nacional de esta ciudad, que habían marchado sobre Arlés, y arrancado á la venganza de las leyes á los asesinos de Aviñón. Enviado al tribunal de Orleans por este hecho, le declaró libre por la amnistia que los girondinos habían arrancado para los crímenes del Mediodía: resuelto á llevar la revolución hasta su término, aun á riesgo de traspasar los límites que ella se había propuesto, Rebecqui, ligado entonces con los girondinos, había vuel-